

Franz Kafka

La muralla china

Traducción
de Adan Kovacsics



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1972

Tercera edición, revisada conforme a nuevos criterios y con nueva traducción: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y la nota: Adan Kovacsics, 2015; de la traducción de «De noche», «Sobre la cuestión de las leyes», «Poseidón», «Comunidad», «El escudo de la ciudad», «El timonel», «El examen», «El buitre», «Fabulilla», «El trompo», «La partida», «Abogados», «Investigaciones de un perro» y «La obra»: Adan Kovacsics, 2003, cedida por Círculo de Lectores S. A., Barcelona, España.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8766-7

Depósito legal: M. 4.841-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Descripción de una lucha
- 65 El topo gigante
- 84 Blumfeld, un solterón
- 114 El puente
- 116 El cazador Gracchus
- 128 Durante la construcción de la muralla china
- 147 Sobre las parábolas
- 149 El golpe a la puerta de una granja
- 152 El vecino
- 155 Un cruzamiento
- 157 Una confusión cotidiana
- 159 La verdad sobre Sancho Panza
- 160 El silencio de las sirenas
- 163 Prometeo
- 164 De noche
- 165 Sobre la cuestión de las leyes
- 168 Poseidón
- 170 Comunidad
- 172 El escudo de la ciudad
- 175 El timonel
- 177 El examen
- 179 El buitre
- 181 Fabulilla
- 182 El trompo

Índice

- 184 La partida
- 185 Abogados
- 189 Investigaciones de un perro
- 241 ¡Renuncia!
- 242 El matrimonio
- 249 Regreso al hogar
- 251 La obra

- 299 Nota del traductor

Descripción de una lucha

*Y la gente, bien vestida,
meciéndose pasea por la grava
bajo un cielo inmenso
que desde colinas a lo lejos
hasta lejanas colinas se extiende.*

I

Hacia las doce, algunos se levantaron ya, se inclinaron, se dieron la mano, dijeron que había sido todo muy bonito y pasaron por el gran marco de la puerta al vestíbulo para ponerse los abrigos. La dueña de la casa, en el centro de la habitación, hacía ágiles reverencias a la vez que su vestido dibujaba refinados pliegues.

Yo estaba sentado a mi mesita –tenía tres patas tías y delgadas–, sorbía precisamente mi tercera copita de licor de hierbas y revisaba mientras tanto mi pequeña provisión de pasteles que yo mismo había escogido y apilado, pues tenían un sabor exquisito.

En eso se me acercó mi nuevo conocido y, sonriendo un tanto distraídamente al ver lo que hacía, me dijo con voz temblorosa:

–Perdone que me dirija a usted, pero he estado solo con mi chica en la habitación contigua hasta ahora. Desde las diez y media, o sea, no mucho tiempo. Perdone que se lo cuente. Lo cierto es que no nos conocemos. Nos cruzamos en la escalera, ¿no es así?, e intercambiamos algunas palabras de cortesía, y ahora ya le hablo a usted de mi chica, pero tiene que disculparme usted, por favor, no quepo en mí de felicidad, no he podido remediarlo. Y como no tengo más conocidos en los que pueda confiar...

Esto me contó. Yo, sin embargo, le lancé una mirada preñada de tristeza, porque el trozo de pastel de frutas que tenía en la boca no sabía bien, y le dije en su cara de hermoso color rojizo:

–Me alegra parecerle digno de confianza, pero me pone triste que me cuente todo esto. Y usted mismo, si no estuviera tan confuso, se daría cuenta de lo inconveniente que es hablar de una muchacha cariñosa a un hombre que se encuentra solo bebiendo un licor.

Tan pronto como pronuncié estas palabras, se sentó de golpe, se reclinó en el asiento y dejó colgar los brazos. Luego los dobló, quedando los codos en punta hacia atrás, y empezó a hablar en voz bastante alta:

–Estábamos allí sentados muy solitos en la habitación... Annerl y yo... Y yo la besaba... la besaba... la besaba en la boca, en la oreja, en los hombros...

Algunos señores que se hallaban cerca y se figuraban una conversación animada se acercaron bostezando. Por tanto, me levanté y dije con voz sonora:

–Vale, iré si usted quiere, pero no tiene sentido subir ahora al monte de san Lorenzo, porque aún hace frío y,

como ha caído un poco de nieve, los caminos parecen pistas de patinaje sobre hielo. Pero si usted lo desea, lo acompaño.

Primero me miró asombrado y abrió la boca de labios anchos, rojos y húmedos. Luego, sin embargo, al ver a los señores que se encontraban ya muy cerca, se rió, se levantó y dijo:

—Pues sí, el frío nos vendrá bien, nuestra ropa está saturada de calor y de humo, yo estoy quizá un pelín borracho, y eso que no he bebido mucho, sí, nos despediremos y nos marcharemos.

Nos dirigimos, pues, a la dueña de casa, y cuando él le besó la mano, ella dijo:

—Realmente, me complace ver hoy tan alegre su rostro, que normalmente se muestra siempre tan serio y aburrido.

La bondad de estas palabras lo emocionó de tal manera que volvió a besarle la mano; ella sonrió.

En el vestíbulo había una doncella, a la que veíamos por primera vez. Nos ayudó a ponernos los abrigo y cogió luego una linterna para iluminar la escalera mientras bajábamos. Sí, la muchacha era bella. Su cuello estaba desnudo, sólo ceñido por una cinta de terciopelo negro bajo el mentón, y su cuerpo vestido con ropa holgada se inclinaba bellamente mientras descendía delante de nosotros por la escalera, sujetando la linterna a baja altura. Tenía las mejillas rojas, pues había bebido vino, y los labios entreabiertos.

Al llegar abajo, dejó la linterna sobre un escalón, se acercó a mi conocido tambaleándose un poco, lo abrazó y lo besó y permaneció abrazada a él. Sólo cuando le

puse una moneda en la mano, soltó somnolienta los brazos, abrió con parsimonia la pequeña puerta del edificio y nos dejó salir a la noche.

Una luna grande en un cielo ligeramente cubierto y, por tanto, de apariencia más extensa se cernía sobre la calle desierta, iluminada de manera uniforme. Una suave nieve tapaba el suelo. Los pies se deslizaban al andar, de ahí que hubiera que dar pasos cortos.

Tan pronto como salimos, me dio la sensación de estar muy animado. Levantaba las piernas feliz y contento y hacía crujir alegremente las articulaciones, grité el nombre de alguien en la calle como si un amigo acabara de desaparecer por la esquina, saltando lancé el sombrero hacia lo alto y lo recogí con gesto presumido.

Mi conocido, sin embargo, caminaba tranquilamente a mi lado. Iba con la cabeza gacha. Tampoco hablaba.

Me extrañó, pues supuse que se volvería loco de alegría tan pronto como no estuviera rodeado de gente; callé. Acababa de darle un palmada en la espalda para animarlo, pero me dio vergüenza y retiré torpemente la mano. Como ya no me era necesaria, la metí en el bolsillo de mi abrigo.

Íbamos, pues, en silencio. Prestaba atención al sonido de nuestros pasos y no podía entender que me resultara imposible acompañar los míos con los de mi conocido. Eso me irritaba un poco. La luna brillaba con claridad, se podía ver perfectamente. De vez en cuando, alguien se apoyaba en una ventana y nos observaba.

Al llegar a la Ferdinandstrasse, me di cuenta de que mi conocido había empezado a tararear una melodía; en voz muy baja, pero aun así audible para mí. Me pareció ofen-

sivo. ¿Por qué no me hablaba? Sin embargo, si no me necesitaba, ¿por qué no me había dejado en paz? Recordé enfadado ese pastelito tan dulce y rico que por su culpa había dejado sobre la mesa. Recordé asimismo el licor de hierbas y me animé un poco, podría decirse que casi me volví arrogante. Me puse las manos en las caderas y me figuré que paseaba solo. Había estado en una reunión, había salvado a un joven ingrato de la vergüenza y caminaba ahora a la luz de la luna. Una forma de vida ilimitada, tal era su naturalidad. Durante el día en la oficina, por la tarde con gente, por la noche en las calles, y nada de ello en exceso.

Sin embargo, mi conocido me seguía, es más, aceleró el paso al percatarse de que se había quedado rezagado e hizo como si fuera algo natural. Yo, en cambio, pensaba si no sería quizá conveniente doblar por una calle lateral, puesto que nada me obligaba a pasear junto con él. Podía regresar solo a casa y nadie lo impediría. Una vez en mi habitación, encendería la lámpara puesta en un soporte metálico sobre la mesa y me sentaría en mi sillón que está sobre la deshilachada alfombra oriental. Cuando estaba a punto de tomar la decisión, se apoderó de mí la debilidad que me sobreviene cada vez que pienso en volver a mi vivienda y en tener que pasar de nuevo horas y horas solo entre las paredes pintadas y sobre el suelo que parece oblicuo visto en el espejo de marco dorado que cuelga en la pared del fondo. Notaba cansadas las piernas y ya estaba decidido a regresar fuese como fuese a casa y a acostarme en la cama, cuando me pregunté si, al marcharme, debía despedirme de mi conocido o no. Era demasiado pusilánime para irme sin saludar

y demasiado débil para gritar una despedida a voz en cuello, de manera que me detuve, me apoyé en el muro de una casa iluminado por la luna y lo esperé.

Mi conocido me alcanzó dando alegres pasos y también un tanto preocupado sin duda. Con grandes aspavientos, guiñando el ojo, estirando el brazo en horizontal y levantando con vigor hacia mí la cabeza tocada con un sombrero rígido negro, trataba de comunicarme que sabía valorar perfectamente la broma que yo estaba escenificando para divertirlo.

Desamparado, le dije en voz baja:

–Hoy es una noche divertida.

Y solté una risa que quedó en un intento. Él respondió:

–Sí, ¿y ha visto usted cómo me besaba la doncella?

Yo no podía hablar porque tenía la garganta llena de lágrimas, de manera que traté de producir un sonido como el de la corneta del postillón para no parecer mudo. Primero se tapó los oídos y luego, para darme las gracias amablemente, me estrechó la mano derecha. Esta debía de tener un tacto frío, pues enseguida la soltó y dijo:

–Su mano está muy fría, los labios de la doncella eran más cálidos, sí, señor.

Asentí con la cabeza. Y mientras rezaba al buen Dios pidiéndole me concediese firmeza, dije:

–Pues sí, tiene usted razón, volveremos a casa, es tarde y mañana por la mañana me toca ir a la oficina; tenga en cuenta que allí se puede dormir, pero no es lo correcto. Tiene usted razón, volveremos a casa.

Y le di entonces la mano, dando por definitivamente cerrado el asunto. Él, sin embargo, sonriendo imitó mi forma de hablar:

—Pues sí, tiene usted razón, una noche como esta no es para pasarla durmiendo en la cama. Tenga usted en cuenta la cantidad de pensamientos felices que se ahogan bajo la manta cuando uno duerme solo en la cama y cuántos sueños desdichados abriga.

Contento con esta idea, agarró con fuerza mi abrigo a la altura del pecho —más arriba no llegaba— y me sacudió alegremente; luego entornó los ojos y dijo en tono de confianza:

—¿Sabe cómo es usted? Usted es muy raro.

Y reemprendió entonces la marcha, y yo lo seguí sin tomar conciencia de ello, pues me ocupaba lo que acababa de decir.

Al principio me alegró, porque parecía indicar que suponía algo en mí que, si bien no existía, sí lo hacía pensar en mí por el mero hecho de suponerlo. Tal asociación me hacía feliz. Me alegré de no haber regresado a casa, y mi conocido se convirtió en una persona muy valiosa para mí, pues me otorgaba valor ante la gente sin tener yo que ganármelo primero. Le lancé una mirada cariñosa. En mis pensamientos, lo protegía de ciertos peligros, en particular de rivales y hombres celosos. Su vida se volvió más importante para mí que la mía propia. Su rostro se me antojó hermoso, me enorgullecí de su éxito con las mujeres y participé de los besos que esa misma noche había recibido de dos muchachas. ¡Oh, qué divertida fue esa noche! Al día siguiente, mi conocido hablaría con la señorita Anna, sobre cosas corrientes al principio, como es lógico, pero luego le diría de pronto:

—Anoche estuve con un hombre que tú, querida Annerl, seguro que no has visto nunca. Parece, a ver cómo

te lo describo, parece un palo que no para de bambolearse y sobre el que se ha clavado con cierta torpeza un cráneo de piel amarilla y pelo negro. De él cuelgan unos retales pequeños, amarillentos y estridentes, que ayer lo tapaban por completo, ya que con la calma que reinaba anoche se le pegaban al cuerpo. Iba tímidamente a mi lado. Ay, mi querida Annerl, tú que sabes besar tan bien, te habrías reído un poco y te habrías asustado también un poco, lo sé, pero yo, cuya alma se ha volatilizado por amor a ti, me alegraba de su presencia. Tal vez se sienta desdichado y por eso calla y aun así uno percibe a su lado una feliz inquietud que no cesa. Estaba yo ayer abrumado por mi propia felicidad, y a punto estuve de olvidarte. Era como si los respiros de su pecho plano hicieran alzarse la delicada bóveda del cielo estrellado. Se abría el horizonte y bajo las nubes encendidas aparecían paisajes infinitos, como los que nos hacen felices. Cielo mío, cómo te amo, Annerl, y tu beso me resulta más querido que un paisaje. No hablemos más de él y amémonos.

Cuando llegamos a paso lento al muelle, yo envidiaba a mi conocido por los besos, pero percibía también con alegría la vergüenza interior que, por la idea que debía de hacerse de mi persona, sentía sin duda frente a mí.

Eso pensaba yo. Pero mis pensamientos se me enredaron en ese momento, con el Moldava y los barrios de la otra orilla sumidos en la oscuridad. Sólo brillaban unas pocas luces y jugueteaban con los ojos que las miraban.

Estábamos junto a la barandilla. Me puse los guantes, pues subía un aire gélido procedente del río; luego dejé escapar un suspiro sin motivo alguno, uno de esos que un río inspira por la noche, y me dispuse a continuar la

marcha. Mi conocido, sin embargo, miraba el agua y permanecía inmóvil. Luego se acercó todavía más a la barandilla, se acodó en el hierro y apoyó la frente en las manos. Me pareció estúpido. Tenía frío y me subí el cuello del abrigo. Mi conocido se estiró e inclinó por encima de la baranda el tronco, que descansaba ahora sobre sus brazos extendidos. Avergonzado, me apresuré a hablar para reprimir un bostezo:

–Es extraño, ¿no?, que sólo la noche sea capaz de suministrar por completo en los recuerdos. Ahora, por ejemplo, recuerdo lo siguiente: estaba una noche sentado en un banco a la orilla de un río en una postura forzada. Con la cabeza sobre el brazo que a su vez se apoyaba sobre el respaldo de madera, veía montes semejantes a nubes en la otra ribera y escuchaba un delicado violín que alguien tocaba en el hotel ribereño.

Eso dije y me esforcé por encontrar, tras las frases, historias de amor con situaciones curiosas; tampoco había de faltar un poco de violencia ni una cruda violación.

Sin embargo, apenas pronuncié las primeras palabras cuando mi conocido, indiferente o tan sólo sorprendido por el hecho de verme aún ahí –o eso me pareció– se volvió hacia mí y dijo:

–Ya ve usted, es lo que ocurre siempre. Hoy, cuando bajé las escaleras para dar un paseo vespertino antes de ir a la reunión, me extrañó ver que mis manos rojizas se bamboleaban en los puños blancos de la camisa y lo hacían con inusitada animación. Confié en alguna aventura. Es lo que ocurre siempre.

Esto dijo, como de pasada, como una simple observación, mientras ya echaba a andar.

A mí, sin embargo, me afectó mucho y me dolió pensar que pudiera resultarle incómoda mi larga figura, junto a la cual él parecía quizá demasiado bajo. Y esta circunstancia me atormentó a pesar de que era aún de noche y de que no nos encontramos casi con nadie en el camino, de manera que incliné la espalda de tal forma que mis manos me tocaban las rodillas al andar. Y para que mi conocido no se percatara de mi intención, fui cambiando la postura muy poco a poco y con suma cautela, tratando de desviar la atención de mí con alusiones a los árboles de la isla de los Arqueros y al reflejo de las lámparas del puente en el río. Con un giro repentino, sin embargo, volvió el rostro hacia mí y dijo con un matiz indulgente:

—¿Por qué camina usted así? Va usted completamente encorvado y parece casi tan bajito como yo.

Como lo dijo en tono bondadoso, le respondí:

—Puede que así sea. Pero a mí me resulta agradable esta postura. Soy bastante débil, ¿sabe usted?, y me resulta difícil mantener erguido el cuerpo. No es ninguna tontería; es que soy muy alto...

Respondió él con cierta desconfianza:

—Es un mero capricho. Me ha parecido que antes iba usted perfectamente erguido y también en la reunión se mantuvo usted bastante bien. Incluso se puso a bailar, ¿o no? ¿No? Pero iba erguido, eso sí, y supongo que ahora también podrá hacerlo.

Le respondí insistiendo en mi postura y negando con la mano:

—Sí, sí, yo iba erguido. Pero usted me subestima. Sé en qué consiste el buen comportamiento y por eso voy encorvado.

A él, sin embargo, no le parecía tan sencillo, sino que, turbado como estaba por su felicidad, no entendió el sentido de mis palabras y se limitó a decir:

–Vale, como usted quiera –y miró el reloj de la torre del Molino, que a punto estaba de señalar la una.

Yo, sin embargo, me dije: «¡Qué cruel es este hombre! ¡Qué evidente y significativa su indiferencia a mis humildes palabras! Lo que ocurre es que es feliz y la gente feliz se caracteriza por considerar natural cuanto sucede a su alrededor. Su felicidad establece un nexo resplandeciente con todo. Aunque me hubiera arrojado ahora mismo al agua o las convulsiones me desgarraran aquí mismo sobre el pavimento bajo este arco, en todo caso acabaría someténdome pacíficamente a su felicidad. Es más, si le dieran ganas –porque un hombre feliz es peligroso, no cabe la menor duda– me mataría en plena calle como un bandido asesino. Eso es seguro, y como soy un cobarde, ni siquiera me atrevería a gritar por el susto. ¡Por el amor de Dios!» Miré alrededor, aterrado. Delante de un lejano café de cristales rectangulares y negros, un policía se deslizaba sobre el adoquinado. Su sable lo estorbaba un poco, de manera que lo empuñó y entonces fue mucho mejor. Y cuando a pesar de la distancia lo oí soltar tenues gritos de júbilo, me convencí de que aquel hombre no me salvaría si mi conocido quisiera matarme.

Entonces, sin embargo, supe lo que había de hacer, ya que una gran determinación se adueña de mí ante los acontecimientos terribles. Tenía que marcharme corriendo. Era muy fácil. Ahora, al llegar al puente de Carlos a la izquierda, podía doblar a la derecha y tomar la

calle del mismo nombre. Era sinuosa, había allí portales oscuros y bodegas que seguían abiertas; no tenía por qué desesperar.

Cuando salimos de debajo del arco donde acababa el muelle, corrí levantando los brazos hacia esa calle; sin embargo, en el preciso momento de llegar a la altura de una puertecita de la iglesia, caí al suelo pues había allí un escalón que no vi. Se produjo un estruendo. La siguiente farola estaba lejos, yo yacía en la oscuridad. De la bodega de enfrente salió una mujer gorda con una lamparilla humeante para ver lo que había ocurrido en la calle. Dejó de oírse el piano y un hombre abrió del todo la puerta entornada. Soltó un grandioso escupitajo sobre un escalón y mientras le hacía cosquillas a la mujer entre los senos dijo que lo ocurrido carecía de importancia. Acto seguido se dieron la vuelta y la puerta se cerró de nuevo.

Al intentar levantarme, volví a caerme. «Hay hielo en la calle», dije, y sentí un dolor en la rodilla. Aun así, me alegraba que la gente de la bodega no pudiera verme y, por tanto, se me antojaba lo más cómodo permanecer allí tumbado hasta el amanecer.

Por lo visto, mi conocido había llegado solo hasta el puente, sin percatarse de mi marcha, ya que tardó un rato en acercarse hasta donde yo me hallaba. No vi su asombro cuando se inclinó compasivamente hacia mí y me acarició con mano suave. Recorrió arriba y abajo mis pómulos y puso luego dos gruesos dedos sobre mi estrecha frente:

—¿No se habrá hecho daño, no? Hay hielo en la calle y conviene andar con cuidado... ¿Le duele la cabeza? ¿No? Ah, la rodilla, vale.

Hablaba con un tono cantarín, como si contara una historia, muy amena para colmo, sobre un lejano dolor en una rodilla. Movía, además, los brazos, pero sin la menor intención de ayudar a levantarme. Apoyé la cabeza sobre mi mano derecha –el codo descansaba sobre un adoquín– y dije rápido, para no olvidarlo:

–La verdad es que no sé por qué doblé a la derecha. Pero sí vi correr un gato bajo el pórtico de esta iglesia, que no sé, por favor, disculpe usted, cómo se llama. Un gato pequeño de pelo claro. Por eso lo vi. Oh no, no fue eso, perdone usted, pero bastante esfuerzo cuesta dominarse durante el día. Dormimos precisamente con el fin de recobrar fuerzas para ese esfuerzo, pero si no dormimos, nos ocurren a menudo cosas sin sentido, aunque sería una falta de cortesía extrañarnos de ello en voz alta ante nuestros acompañantes.

Mi conocido tenía las manos en los bolsillos y miraba hacia el puente desierto, luego hacia la iglesia de los Caballeros de la Cruz y después hacia el cielo, que estaba despejado. Como no me había prestado atención, dijo entonces temerosamente:

–Pero ¿por qué no habla, querido amigo? ¿Se siente usted mal? A ver, ¿por qué no se levanta? Aquí hace frío, se resfriará y, además, queríamos subir al monte de san Lorenzo.

–Por supuesto –le respondí–, perdone usted...

Y me levanté solo, pero con un fuerte dolor. Me tambaleé y tuve que mirar fijamente la estatua de Carlos IV para asegurarme de mi posición. Sin embargo, la luz de la luna, vacilante como era, hizo moverse la estatua. Me sorprendió, y mis pies se fortalecieron por el miedo a

que Carlos IV se desplomara si yo no mantenía una postura tranquila. Luego, mi esfuerzo me pareció inútil, pues Carlos IV acabó cayendo en el preciso momento en que se me ocurrió pensar que yo era amado por una muchacha con un hermoso vestido blanco.

Cosas inútiles hago y mucho me pierdo. ¡Qué feliz fue esa idea referida a la muchacha! Y era un gesto amable por parte de la luna que me iluminara también a mí y yo, por modestia, quise ponerme bajo la bóveda de la torre del puente cuando comprendí que era desde luego natural que la luna lo iluminara todo. Por eso estiré los brazos con placer para disfrutar plenamente de la luna. Entonces se me ocurrieron estos versos:

Saltando iba por las calles
como un corredor borracho
pateando el aire

Y me sentí aliviado cuando, al imitar con los brazos relajados las brazadas de la natación, avancé sin esfuerzo ni dolor. Mi cabeza descansaba a gusto en el aire fresco y el amor de la muchacha vestida de blanco me producía un éxtasis triste, pues me daba la sensación de alejarme nadando de la amada, así como de las montañas nebulosas de su región. Y recordé que alguna vez había odiado a un feliz conocido que ahora seguía quizá a mi lado y me alegró que mi memoria fuese tan buena como para registrar detalles tan secundarios. Porque mucho ha de aguantar la memoria. De pronto me sabía los nombres de las numerosas estrellas aunque nunca me los había aprendido. Sí, nombres curiosos, difíciles de recordar,

pero aun así me los sabía todos y, además, con gran precisión. Alcé el dedo índice y las nombré en voz alta una por una. Sin embargo, no llegué muy lejos enumerando las estrellas, pues había de continuar nadando si no quería hundirme. No obstante, para que luego no se dijera que cualquiera era capaz de nadar sobre el adoquinado y que algo así ni siquiera era digno de ser narrado, me elevé de repente por encima del pretil y rodeé nadando todas las estatuas de santos que encontré en el camino. Al llegar a la quinta, en el preciso instante en que me mantenía con certeras brazadas sobre el adoquinado, mi conocido me agarró de la mano. Me encontré de nuevo sobre los adoquines y sentí un dolor en la rodilla. Había olvidado los nombres de las estrellas, y de la simpática muchacha sólo sabía que llevaba un vestido blanco, pero yo no era capaz ya de recordar en qué motivos me había basado para creer en su amor. Se apoderó de mí una ira tan grande como justificada contra mi memoria, y miedo, además, de perder a la muchacha. Por eso repetí, con ahínco y sin parar, «vestido blanco, vestido blanco», para al menos mediante esta única señal conservar a la muchacha para mí. Sin embargo, no me sirvió de nada. Mi conocido se me acercaba cada vez más con sus discursos y en el preciso instante en que comencé a comprender sus palabras, un destello blanco pasó con sutileza junto al pretil del puente, atravesó la torre y se perdió rápidamente en la callejuela oscura.

–Siempre me han gustado –dijo mi conocido señalando la estatua de santa Ludmila– las manos de este ángel de la izquierda. Su delicadeza no tiene límites y los dedos que se abren tiemblan. Pero a partir de esta noche sus

manos me resultan indiferentes, puedo afirmarlo, pues he besado manos...

En eso, me abrazó, me besó la ropa e impactó con la cabeza contra mi cuerpo.

Le dije:

–Sí, sí. Ya lo creo. No me cabe la menor duda –y de paso le pellizqué las pantorrillas allí donde las dejaba al descubierto. Él, sin embargo, no sintió nada. Entonces dije para mis adentros: «¿Por qué vas con este hombre? No lo quieres y tampoco lo odias, porque su felicidad reside únicamente en una muchacha y ni siquiera es seguro que ella lleve un vestido blanco. Por tanto, este hombre te es indiferente... repítelo... indiferente. Y, además, es inofensivo, tal como se ha demostrado. Por consiguiente, sube con él al monte de san Lorenzo, pues ya estás de camino en la bella noche, pero déjalo hablar y disfruta a tu manera, porque así... dilo en voz baja... porque así es como mejor te proteges.»

II. Diversiones o demostración de la imposibilidad de vivir

1. Cabalgada

Acto seguido salté con inusitada habilidad sobre los hombros de mi conocido y, aguijoneándole la espalda con los puños, lo obligué a avanzar a trote ligero. No obstante, como pifaba mostrando así cierta renuencia y en ocasiones hasta se detenía le clavé varias veces las botas en el vientre para animarlo. Lo conseguí y de este

modo avanzamos a buen ritmo internándonos en una zona grande, pero todavía inacabada, en la que era de noche.

La carretera por la que cabalgaba era pedregosa y bastante empinada, pero precisamente eso me gustaba, de manera que la hice aún más pedregosa y empinada. Tan pronto como mi conocido se tropezaba, lo levantaba agarrándolo de los pelos, y tan pronto como se quejaba con un suspiro, le propinaba un puñetazo en la cabeza. Al mismo tiempo sentía que esa cabalgada vespertina me resultaba saludable con lo animado que estaba y, para hacerla más salvaje todavía, hice que un fuerte viento en contra soplara a largas ráfagas a nuestro alrededor. Comencé a exagerar incluso los movimientos saltarines propios del cabalgar sobre los anchos hombros de mi conocido y, mientras aferraba su cuello con ambas manos, inclinaba la cabeza hacia atrás y observaba las multiformes nubes que, más débiles que yo, volaban lerdamente con el viento. Me reía y temblaba de tanta audacia. Mi abrigo se desplegaba y me transmitía energía. A todo esto, juntaba las manos con fuerza y fingía no darme cuenta de que así estaba estrangulando a mi conocido.

Sin embargo, inducido por el movimiento acalorado de la cabalgada, gritaba al cielo, el cual se iba ocultando poco a poco por las ramas retorcidas de los árboles que yo hacía crecer al borde del camino:

—Tengo más cosas que hacer que escuchar siempre la cháchara amorosa. ¿Por qué se ha dirigido a mí este enamorado charlatán? Todos ellos son felices y más aún si otro lo sabe. Creen estar pasando una noche feliz y eso